



## XVIII

### El príncipe Ivan Ivanovitch

EN cuanto la princesa hubo escuchado mis versos, deshaciéndose en grandes alabanzas del poeta, mi abuela se suavizó un poquito, empezó á hablarle también en francés, dejó el tratamiento de *vos* y aquel terrible *querida* y la invitó á que viniese por la noche con todos sus hijos; la princesa aceptó muy agradecida y después de un rato de amistosa conversación se retiró.

Fueron tan numerosas las visitas de cumplimiento, que junto á la puerta de la calle el desfile de carruajes no cesó en toda la mañana.

—Buenos días, querida prima,—dijo uno de los visitantes al entrar en la sala y mientras besaba las manos á mi abuela.

Era un hombre de al menos setenta años, de elevada estatura, con enormes charreteras y dejando entrever bajo el cuello de la guerrera una gran cruz blanca. La expresión de su rostro era franca y tranquila. La soltura y simplicidad de sus ademanes me cautivaron extraordinariamente. Aunque no tenía en la cabeza más pelo que una especie de semicírculo cerca de la nuca, y que el labio inferior descubría la falta absoluta de dientes, su rostro presentaba todavía una muy notable belleza.

El príncipe Ivan Ivanovitch, gracias á su franco carácter, á su prestancia, á su gran valor, á su noble parentesco, y singularmente á

su buena estrella, pudo hacer á fines del pasado siglo, joven todavía, una hermosísima carrera. Siguió en el servicio, y su ambición vióse prontamente satisfecha, no quedándole ya nada por desear. Desde su más tierna juventud pareció destinado á ocupar en el mundo la brillante situación en que le colocó, más tarde, la fortuna. He aquí por qué, á pesar de los pesares, de los desencantos y de las decepciones que halló en su camino, como se hallan en todo camino cuyo fin es la ambición, no se desmintió una sola vez su carácter siempre sosegado, ni se apartó un punto de su noble modo de pensar, ni de las reglas fundamentales de la religión y de la moral, sabiendo atraerse la estima de todo el mundo, menos por su brillante situación que por su firmeza y su inquebrantable rectitud. No era en realidad un muy grande espíritu; pero gracias á una situación que le permitía considerar desde cierta altura las mezquinas vanidades de la existencia, sus ideas fueron siempre nobles y elevadas. Era bueno y era sensible, pero frío y hasta un poco orgulloso en sus relaciones. Eso era tal vez debido á que, ocupando una situación en que podía ser útil á mucha gente, por medio de su frío trato quería apartar á aquellas personas que no buscaban más que servirse de su influencia. No obstante, su frialdad quedaba muy atenuada con su finísimo trato de hombre de gran mundo. Era muy instruido y aún erudito, pero su instrucción se limitaba á lo que había aprendido en sus años juveniles, esto es, á fines del pasado siglo. Había leído todo lo más notable que Francia había producido en filosofía y en elocuencia durante el siglo XVIII; conocía muy á fondo las obras maestras de la literatura francesa, como que podía citar, y le gustaba hacerlo, pasajes enteros de Racine, de Corneille, de Boileau, de Molière, de Montaigne, de Fenelon; sabíase también de memoria la mitología; había estudiado igualmente con gran fruto, en traducciones francesas, los poemas épicos de la antigüedad y tenía ciertos conocimientos de Historia que había adquirido en los libros de Segur; pero no tenía idea alguna de las matemáticas, fuera de un poco de aritmética, como tampoco sabía gran



cosa de física ni de literatura contemporánea. En una reunión cualquiera podía permanecer cortésmente callado ó bien pronunciar algunas frases poco menos que vulgares sobre Goethe, Schiller, Byron, pero la verdad es que no los leyó jamás. A pesar de esta educación franco-clásica, de la cual van quedando muy pocos ejemplos, su conversación era siempre sencilla, nunca afectada, y en esta misma simplicidad se ponía en evidencia su ignorancia de muchas cosas, y demostraba también su afabilidad y su espíritu tolerante. Era enemigo acérrimo de toda originalidad, que reputaba cosa de muy mal gusto. En cualquier parte donde se hallase, en Moscova ó en el extranjero, la sociedad y la compañía le eran completamente necesarias; vivía, como quien dice, en plena luz, y en días determinados recibía en su casa á lo mejor de la ciudad. Ocupaba en la sociedad tan elevada posición, que una de sus invitaciones podía servir de pasaporte para el más encopetado de los salones, y las mujeres todas, por muy jóvenes y hermosas que fuesen, se dejaban paternalmente besar por él, y aún muchos de los hombres más distinguidos y más influyentes se daban por satisfechos de poder ser admitidos en sus reuniones. Ya no le quedaban al príncipe muchos amigos como nuestra abuela, que fueran de un tiempo mismo, de una misma educación y de unas mismas opiniones, y he aquí porque daba tanta importancia á su antigua amistad con ella y sentía por ella tan inmenso respeto.

Yo no podía dejar de mirar al príncipe: la estima de que le daban todos buen testimonio, sus enormes charreteras, y sobre todo la fuerte alegría de mi abuela al verle, y además el hecho de ser el único que se dirigía á ella con tanta franqueza y con la audacia de llamarla *prima mía*, todo junto me inspiró por él una estimación inmensa, igual, si es que no fuese superior, á la que sentía por mi propia abuela.

Cuando le hubieron enseñado y leído mis versos, me llamó hacia él y dijo:

—Quién puede saberlo, mi querida prima?... Puede que tengamos aquí un futuro Derjavine.

Al propio tiempo me pellizó tan fuertemente la mejilla que si no me puse á gritar desesperadamente fué porque comprendí que había de aceptar aquello como una verdadera caricia.

Los invitados poco á poco se fueron; papá y Volodia salieron del salón, y en él no quedamos sino el príncipe, mi abuela y yo.

—Por qué no ha venido Natalia Nikolaievna?—preguntó súbitamente el príncipe, después de un corto silencio.

—Ah! amigo mío...—contestó mi abuela bajando la voz y apo-

yando una mano en la manga galoneada del príncipe,—seguramente que hubiese venido si todo dependiera de su voluntad... Me ha escrito diciéndome que Pedro le propuso venir, pero que ella no ha querido porque este año no ha habido en la casa muchos ingresos; además, me dice: «Por otra parte, no tengo necesidad alguna de venir este año, con todos nosotros, á Moscova; Lubotchka es todavía muy pequeña, y en cuanto á los niños, más me tranquiliza que estén con vosotros que no que vivan conmigo». Todo eso está muy bien—



continuó diciendo mi abuela, en un tono que bien claramente daba á entender que no le parecía tan bien como decía,—hace ya mucho tiempo que debían haber venido aquí los niños para poder aprender algo y acostumbrarse al trato de gentes, pues en verdad no sé qué clase de educación se les podía dar en el campo... El mayor tendrá muy pronto trece años y el menor once. Ya habéis visto, mi querido primo, que están hechos unos verdaderos salvajes, ni siquiera saben presentarse ante las personas.

—No comprendo, sin embargo,—dijo el príncipe,—á qué vienen esas perpetuas lamentaciones por lo malo de los tiempos... *El* posee una excelente fortuna, y la propiedad de Khabarovka de Natacha, donde en otros tiempos representamos con vos tan hermosas comedias, y que conozco lo mismo que la palma de la mano, es una magnífica propiedad que ha de dar muy buenos rendimientos...

—Voy á hablaros como á un verdadero amigo—le interrumpió diciendo mi abuela, con una expresión de infinita tristeza;—pareceme que todo ello no son más que pretextos para que *él* pueda vivir solo aquí, frecuentar los círculos, cenar Dios sabe con quien y hacer Dios sabe qué... Y ella no sospecha nada, pues ya sabéis cuánta es su angelical bondad, y *le* cree en todo. *El* la ha convenido de que era necesario traer los niños á Moscova y que ella se quedase sola en el campo, con su aya estúpida, y lo cree bien así. Si *él* le dijese que era preciso pegar á los niños, como hace con los

suyos la princesa Varvara Ilinichna, creo que accedería á ello,—añadió mi abuela revolviéndose en el sillón con ademán de un gran desprecio. Y continuó diciendo, mientras con el pañuelo se enjugaba una furtiva lágrima:—Sí, amigo mío, pienso muchas veces que



él no puede ni apreciarla ni comprenderla, y que á pesar de toda su bondad, de su grande amor por él y de su afán en disimular todo dolor—lo sé muy bien—no puede ser ni es dichosa con su marido, y acordaos siempre de lo que os digo ahora: si un día...

En este punto, mi abuela se cubrió el rostro con el pañuelo, llorando amargamente.

—Ea! amiga mía...—exclamó el príncipe á modo de reconvencción—estoy viendo que os entristecéis y lloráis por nada, por dolores imaginarios... No os da vergüenza! mucho tiempo hace que *le* conozco, y sé que es un marido

atento, bueno, afable y sobre todo sé que es un hombre correctísimo, un perfecto caballero.

Y habiendo oído, sin querer, una conversación que no debía haber escuchado, profundamente conmovido, de puntillas salí en aquel punto del salón.



## XIX

### Los Ivine

VOLODIA! Volodia!... Los Ivine!—grité con alegría al ver por la ventana á tres jóvenes con paletós azules y cuellos de castor, que, seguidos por su ayo muy joven y elegante, atravesaban la acera por delante de nuestra casa.

Los Ivine, parientes nuestros, eran casi de la misma edad que nosotros. Al poco tiempo de nuestra llegada á Moscova, trabamos conocimiento con ellos é hicimos buenas amistades.

El segundo de los Ivine; Serioja, era muy moreno, con largos bucles, con una nariz pequeña, arremangada y recta, con labios de un rojo vivo y algo gruesos, que casi nunca cubrían la hilera superior de sus blancos dientes, con ojos de un hermoso azul oscuro y con una expresión de carácter muy enérgico. No sonreía jamás; ó estaba totalmente serio, ó reíase á todo trapo, con una risa sonora, armoniosa y de veras simpática. Su original belleza me chocó ya desde el primer momento. Una atracción irresistible me llevó hacia él; verle colmaba mi dicha, y durante mucho tiempo todas las fuerzas de mi alma consagréronse al cumplimiento de este deseo; cuando pasaba dos ó tres días sin verle, comenzaba por sentir una especie de disgusto íntimo y acababa por ponerme triste y aún por llorar muchas veces. Todos mis sueños y mis ensueños no tenían más objeto que mi amigo. Al dormirme formulaba en mi fuero interno el deseo de verle en sueños, y en el momento de cerrar los